

## RELIGIOSOS SEVILLANOS QUE SE DISTINGUIERON EN LAS INDIAS

---

Hemos dicho en varias ocasiones, y ahora lo repetimos, que Extremadura y Andalucía, y de esta especialmente Sevilla y su provincia, fueron de todas nuestras regiones, las que más contingente y más lucido dieron a la emigración a ultramar durante la interesantísima época de la conquista y colonización de la América española. Estudiando los libros que de las mismas tratan, puede apreciarse cuán cierto es lo que hemos expuesto, robusteciéndose aún más nuestra afirmación si se repasan algunos inexplorados archivos nacionales que contienen documentos, hasta hoy desconocidos, sobre aquellos valerosos campeones que en barcos defectuosos se atrevían a lanzarse a los mares llevando la luz bendita de la civilización a ignotos países.

Por regla general, se han ocupado más los historiadores de los guerreros que de los frailes que estuvieron en las Indias, y justo es también exhumar para que sean conocidos y se aprecien en su verdadera importancia, los servicios relevantes que prestaron los heroes de la Cruz, los humildes y virtuosos religiosos que plétóricos de fe, sin albergar en sus pechos, como les sucedía a la mayor parte de los capitanes y soldados, ambición de subir o de hacerse de riquezas, marcharon al Nuevo Mundo guiados por el ideal sublime de convertir al Cristianismo a los indios. sin aterrarles la empresa sembrada de sinsabores y expuesta a muchos peligros, en la que coronaron no pocos con la palma del martirio su vida austera y ejemplar.

Las misiones españolas en América, los mismos enemigos del catolicismo lo reconocen, son un timbre de gloria para nuestra Patria que nadie que conozca la historia se atreverá a negar.

Poseo un caudal bastante grande, de apuntes relativos a sacerdotes regulares extremeños que en las Indias se señalaron, y también guardo buen número de notas sobre religiosos sevillanos entre los que se destaca la gigante figura del P. Las Casas, del que quizás en otra ocasión me ocupe con la extensión y detenimiento que merece tan benemérito prelado. Hoy dedicaremos breves renglones a los siguientes hijos de la Atenas española.

### **Nicolás Oval, mercenario.**

Teólogo eminente, hombre de extensísima cultura, de talento exuberante y de grandes virtudes fué el P. Oval, el cual gozó dentro de su Orden de legítimo prestigio, y en el Perú donde pasó los mejores años de su existencia, le quería y le veneraba todo el mundo.

Siendo muy mozo vistió el hábito de la Merced destinándosele al poco tiempo a Salamanca, en cuya ciudad se consagró al estudio con fe, con entusiasmo por nadie superado. Fué allí su principal maestro el P. Zumel, más tarde General de su Orden, el que conociendo bien pronto lo que prometía su discípulo le profesó singular afecto.

El genio aunque tropiece con dificultades las salva y si el P. Oval en lugar de haberse consagrado por completo a Dios hubiera sido ambicioso pronto habría escalado altos puestos, pues la fama de su valía no tardó en traspasar el reducido espacio de su celda, y ser solicitada su cooperación para un alto puesto; por obediencia se vió precisado a marchar al Perú donde se deseaba con gran interés que se encargara de una de las cátedras, la de teología, de la Universidad de Lima, la cual desempeñó más de veinte años.

Las misiones le atraían, y así como el guerrero de raza radiante de júbilo abandona su hogar para correr pletórico de bélico entusiasmo a los campos de combate, él, voluntariamente, y por eso es más loable su conducta, dejó el honroso puesto que desempeñaba para ir a predicar las grandezas de la religión del Crucificado.

Hay autores que aseguran que desempeñó varias veces el elevado puesto de Provincial de su Orden en el Perú; pero este extremo no he podido comprobarlo.

El P. Oval floreció en la segunda mitad del siglo XVI.

### **Francisco Loperio, franciscano.**

Pertenecía, según afirman los historiadores, a una noble familia.

Desde los primeros años de su vida se manifestó su decidida vocación por vestir hábitos religiosos, a juzgar por la edad que tenía, diez y siete años, cuando tomó en la provincia de Granada los de la Orden de San Francisco.

Su clarísima inteligencia, a la que avaloraba, según consigna la Crónica de su Orden, una sólida ilustración, sus grandes virtudes, su valor a toda prueba, que valor grande se necesita para exponiéndose a todos los peligros predicar a los salvajes la religión, brillaron en Méjico a donde parece ser que, en la flor de su vida le destinaron, seguramente, a petición propia.

Con elocuencia, con esa elocuencia divina que sólo puede tratar de la convicción firmísima de lo que se dice, exhortó en la capital del que fué vasto imperio de Motezuma a los indios para que abrazaran la religión cristiana, la más poética, la más sublime, la verdadera entre todas las conocidas, hasta que se le presentó ocasión de encaminarse con el mismo propósito a apartados lugares. Su hermano de Orden el P. Agustín Rodríguez, noticioso que había hacia el norte de Méjico muchos indígenas a los que se debía intentar enseñarles las verdades dogmáticas, comunicó a sus superiores sus deseos de marchar allí, y estos accedieron desde luego a la demanda uniéndose a aquel guerrero de la fe los P.P. Loperio y Juan de Santa María, a los que se les concedió una escolta para que los protegieran.

En esa misión halló el P. Loperio la muerte. Estando un día predicando a los salvajes, de pronto observó que varios de ellos estaban riñendo y trató de impedirlo dándoles sanos consejos: mas cual no sería su sorpresa al verse de pronto acometido por los que luchaban, los que cruelmente le asesinaron.

Vivió el P. Loperio en la segunda mitad del siglo XVI.

**Cristóbal de Lugo, dominico.**

Tan humilde fué su cuna como grande su talento y sus virtudes.

Su juventud fué bastante borrascosa, hasta que un día sinceramente arrepentido de sus calaveradas quiso poner fin a ellas y seguir la senda de la virtud dentro de la ilustre Orden de Santo Domingo, prueba evidente de que la semilla que sembraron sus padres en su corazón, cuando era niño, no había caído en tierra estéril. En 1547, previa la debida preparación de la que estuvo encargado el P. Gonzalo Linero, ilustre andaluz que prestó eminentes servicios al catolicismo en Nueva España.

En Méjico gastó su talento y su vida en holocausto de la religión el P. Cristóbal de Lugo. Su cálida palabra cantó las grandezas de la religión, y su vida, desde que se hizo dominico, fué limpio espejo en el que todos podían mirarse. Entre todas las bellas cualidades que le adornaban sobresalía la modestia, no obstante ser un hombre de reconocida ilustración y no menos capacidad.

Más de veinte años consagrados al bien le harían alcanzar con toda seguridad, un puesto en la mansión de los Justos.

ANTONIO DEL SOLAR

*Correspondiente en Badajoz.*

